

# Cafetería

M V Heart



Image not found.

## Capítulo 1

— Un latte con hielo, por favor — pido a la chica que está atendiendo en ese momento.

— ¿Tu nombre? — me pregunta con una sonrisa mientras sostiene en una mano un rotulador y en la otra el que será mi vaso.

— Jack — le contesto.

Ella me da las gracias y procede a pasarme el encargo al barista, un chico alto con el pelo rizado atrapado bajo la gorra roja del uniforme. Después de pagar me dirijo al final del mostrador, donde espero que preparen mi bebida. No soy el único. Hay dos adolescentes y un hombre de pelo gris delante de mí, así que asumo que me tocará tener un poco de paciencia. Me he quedado sin batería en el móvil y no tengo nada con que entretenerme mientras espero. Echo un vistazo al local. El mobiliario y la decoración son los típicos de cualquiera de las muchas franquicias de la compañía. Me fijo que cerca de los cristales que dan a la calle hay un par de mesas con esas butacas rojas tan cómodas, que cómo no, siempre están ocupadas. *¿Conseguiré sentarme otra vez en una algún día?* Luego reparo en las mesas de la esquina, especialmente en una de ellas. Hay una chica tecleando en su portátil a considerable velocidad. Tiene una preciosa melena roja, larga hasta media espalda y lleva una camiseta verde que contrasta con su piel pálida salpicada de pequeñas pecas. Lleva auriculares y por los movimientos rítmicos de sus pies deduzco que está escuchando música. Entonces sus dedos se detienen y se apartan de las teclas para jugar con el cable de los auriculares. La veo cerrar los ojos y menear suavemente la cabeza. Debe de gustarle mucho la canción que sea que está escuchando. Sonríe ante su espontaneidad. Ella también sonríe, aún con los ojos cerrados y me parece que se muerde unos segundos el labio. Entonces abre los ojos y se da cuenta de que la he estado observando. Su primera reacción es disimular, quedarse quieta y bajar la vista, pero vuelve a mirarme enseguida. Me sostiene la mirada, sin vergüenza. Eso me gusta. Al fin y al cabo, ni tiene por qué avergonzarse ni ha hecho nada malo.

— ¿Jack? — pregunta una voz masculina a mi espalda. Me doy la vuelta para recoger mi latte.

— Sí — contesto.

— Disfruta de tu bebida — dice el barista de pelo rizado.

Me dirijo a las mesas de la esquina. Estoy tentado de sentarme con la chica peliroja, pero necesito una mesa que tenga enchufe para recargar mi teléfono. En cuanto compruebo que ya se está cargando, doy el primer sorbo al café. Me doy cuenta con sorpresa de que la chica peliroja me está mirando. Le sonrío una vez más y me atrevo a decirle algo.

— Tengo mucha curiosidad por saber qué canción estabas escuchando hace un momento — le digo. Una forma como otra de romper el hielo.

## Capítulo 2

Como cada vez que he mandado esta tarea a mis alumnos me arrepiento del día en que se me ocurrió pedirles que escribieran una redacción. Porque tengo delante de mí ni más ni menos que cincuenta y siete páginas escritas a mano que esperan ser leídas, corregidas y comentadas. Tres horas de trabajo no me las quita nadie, así que voy a tener que concentrarme para que esto no se alargue hasta la eternidad. Cuanto antes me las quite de encima y se las devuelva, mejor. Un pequeño sorbo al te humeante para darme fuerzas, que me hacen mucha falta. Ah, mucho mejor. Esta cafetería suele estar tranquila a estas horas, pero hoy con esos dos bebés con su respectivas mamis y acompañantes riendo cada gesto y monería va a ser difícil trabajar. Echo mano de los auriculares y paso de mi lista de canciones, que sé que me van a distraer. Hoy siento que tengo que atreverme con algún género distinto. ¿Hay alguno útil para ser más productivo? ¿Chill, tal vez? A ver si tienen sonido de olas del mar en esta aplicación, que me va genial... Vaya, no hay... Pues vamos a probar con música clásica, que varios compañeros dicen que la usan, a ver qué pasa.

Empezamos el repertorio con piano y violines. Hmm no está tan mal. Saco el bolígrafo rojo, apilo todas las hojas de mis alumnos en un generoso y ordenado montón y me lo acerco. ¡Qué pereza! Se me escapa un suspiro. Unos inesperados crescendos de la melodía me llevan a bajar el volumen tan rápido como puedo. Me da la sensación de que podían oír la música en las mesas cercanas de lo fuerte que sonaba. Estudio las expresiones de la gente para deducir si estoy en lo cierto, pero sin querer dejo volar mi mente de escritora de cuentos frustrada y los imagino señalándome por haber sucumbido a la música clásica, que ahora parece ser *mainstream*. Pero no le doy a la pausa. Al menos no por ahora. Dirijo la mirada hacia mi derecha, hacia el exterior del local.

Veo más bebés que gritan al otro lado del cristal, pero yo sólo oigo la paz de las notas agudas del piano. Y me siento como en una película. Como si estuviera por encima de toda la gente alrededor, observándolos flotando desde una esfera superior, analizando sus gestos cotidianos, reacciones y expresiones faciales para después usarlo en algún cuento que nunca terminaré de escribir o que si lo hago nunca me atreveré a dejar leer. Se me ocurren títulos, frases, personalidades... Y yo siempre diciendo que odio la música clásica, con lo creativa que me está poniendo... Para cuando me autoregaño por estar perdiendo tanto tiempo observando la

plaza le doy un sorbo al te como señal de salida para atacar de una vez las correcciones, y aparto la taza hacia el borde la mesa de forma instintiva. Ya no tiene la temperatura adecuada. Lo dicho: odio la música clásica.